

QUIRÓN, EL CENTAURO. IDEAS RELATIVAS A LA PROTO-HISTORIA DE LA EDUCACIÓN EN OCCIDENTE

DR. J. QUINTANA FERNÁNDEZ

Fac. de Psicología de la UAM

La cuestión relativa al significado histórico de la figura de Quirón [en griego *Cheiron*] en el campo de la proto-educación en Occidente tiene entidad cultural e historiográfica suficiente como para merecer una investigación autónoma. Se trata además de una necesidad urgente, por cuanto que, aún siendo una figura central en el campo educativo del largo período «heroico» de la historia helena, en contraste con las Historias de la Literatura y del Arte, la inmensa mayoría de las *Historias de la Educación* (p.e., las de F.V.N. Painter, A. Messer, R. Wickert, T. Davidson, Ruiz Amado, etc.) -con la clara excepción de la de W. Jaeger (1957, cf p. 1141)- ignoran por completo a este sabio Centauro. Las interpretaciones de Quirón por Abagnano (1981, p. 33) y por Marrou (1965, p. 36), dando atribuyendo una primacía a Fénix sobre Quirón en la Educación de Aquiles, resultan insuficientes. Se trata de corregir este inveterado descuido historiográfico.

La reconstrucción histórica de la figura de Quirón como educador toma como fuentes primarias la primitiva literatura griega: épica de Homero (*Iliada*) y de Hesíodo (*Teogonía*), lírica de Baquílides y, principalmente, de Píndaro (*Epinicios*), elegías de Teognis, etc. Son fuentes secundarias imprescindibles: *Biblioteca* de Apolodoro y *Cinegético* de Jenofonte, así como otros trabajos como *Metamorfosis* de Ovidio o *El Libro de Fábulas* de Higino. El análisis de los caracteres de los Héroes educados por Quirón constituye asimismo una vía legítima para el estudio de su figura, por cuanto que, como afirma Jenofonte, todos ellos llegaron a ser tales por lo aprendido de Quirón. La creación mítica de la figura de este Centauro aparece por primera vez en Homero, alcanza su punto culminante en Píndaro y se completa -en lo relativo a la fijación del número de sus discípulos- en Jenofonte. En tiempos recientes el Centauro Quirón ha sido objeto de recreaciones importantes [Guerin (184), Kerény (1948), Rof Carballo].

La vida y la labor educativa de Quirón se desarrolla en un mundo de *Dioses*, de *Héroes* y de *Centauros*. Todo en él debe ser interpretado a la luz de la tendencia a la

simbolización, propia de los tiempos mítico-heroicos de todas las culturas. El siguiente Diagrama (Fig. I) presenta una idea aproximada de la organización jerárquica del universo heleno mítico global, basada en una ordenación «genealógica» sexual, que rige el cosmos, tanto divino (*Teog.*, 116ss) como humano (*Apol. Bibl.*).

Sobre la base de dicho principio genealógico, «los dioses y los hombres mortales tuvieron un mismo origen» (*Hes., Tab. y Días*, 107; *Pínd., Ném.*, VI, 1-3), siendo la «raza de los dioses» el origen de la de los hombres». [En la Fig. I las líneas horizontales terminadas en flecha en ambos extremos representan matrimonios o simples uniones entre dioses y diosas o entre dioses y mortales]. De aquellas uniones se derivaron diversas «estirpes» de mortales [líneas verticales]: fueron las Monarquías que gobernaron los distintos territorios autónomos de la atomizada geografía de la Grecia mítica. El entronque genealógico héroes-dioses y la línea genealógica directa dentro de cada rama determinaban la grandeza de cada Monarca en particular y de la estirpe a la que pertenece, así como el grado de grandeza -y la jerarquización- que a cada individuo corresponde (cf, p.e., *Iliada*, XX, 105-108, 203-209, 241; XXIV, 55-63, en relación a Eneas, Aquiles y Héctor). No es fácil precisar cuál debió ser el origen concreto de la «raza de los Héroes»: la teoría de las «Edades de la Humanidad» de Hesíodo se limita a afirmar que, después de la desaparición de la «raza de bronce», Zeus creó «una cuarta más justa y virtuosa, la estirpe divina de los héroes que se llaman semidioses» (*Trab. y Días*, 157ss). Los Héroes son seres «mortales» -«es ley natural» (*Jenof., Cíneg.*, I, 3)-, pero se trata de figuras extraordinarias, de fuerza supraterránea, capaces de gestar las más asombrosas y variadas hazañas, y superiores en todo a los simples «hombres». La sociedad en que se desenvolvían aquellos semidioses, según Homenro, representa universos -más bien primitivos y poco diferenciados- de reyes y nobles, poseedores de abundantes tierras y ganado, alrededor de los cuales giraban todas las actividades; aristócrata de nacimiento, la nobleza monopolizaba la legislación, la justicia y la guerra, y -frente a ella- las acciones de las «huestes» innominadas de los simples hombres («gentes del pueblo», no estimada «ni en el combate ni en el consejo») nunca ofrecían interés suficiente para ser siquiera mencionadas. Su ocupación principal era, por un lado, el «Consejo» y las «Asambleas» (*Iliada*, II, 50-100, 198-207), y por otro, la Guerra. Aunque simplificada, esta visión sociológica del mito homérico denota ya cuáles debían ser las *necesidades educativas básicas* de aquella sociedad primitiva: preparación para la intervención en las Asambleas y entrenamiento en el arte de la Guerra (*Iliada*, IX, 437-443). Todo lo que atañe a Quirón -y lo que confiere significación histórica a su figura- se encuadra en el contexto de esta «raza de los héroes».

Aquel mundo de Héroes fue asimismo, al menos eventualmente, un mundo de Centauros (Fig. I, infer. derecha). Nacido del incesto de Ixión con una Nube (Nephele, con figura de la diosa Hera), y unido a las Yeguas del monte Pelión, Centauro dio origen a una horda de los Centauros (*Pínd., Pít.*, II, 25-48). Estos hacían vida de cazadores, semianimal, salvaje y feroz, y eran incapaces de dominar sus más bajas pasiones, lo que ocasionó, p.e., un descomunal combate con los Lápitras o su particular combate con Heracles. Ni Homero (*Iliada*, I, 268; II, 742; *Odisea*, XXI, 297-303) ni Hesíodo (*El Escudo*, 178-191) mencionan la figura semiequina con la que pasaron a la historia. Mas, recogiendo el producto final de la imaginación mitificadora de los griegos -que, ya desde los inicios del s. VI a.C., había unido en una sola figura los bra-

vos jinetes tesalienses y sus caballos (Ciges y Peiró, p. 242)-, Píndaro habló de los Centauros como de una «estirpe insolente», que «ni entre los hombres encuentra honor, ni tampoco en los espacios de los dioses», «una hora asombrosa, semejante a los dos progenitores, igual a la madre en la parte de abajo, igual a su padre en la de arriba» (Pínd., *Pit.*, II, 43-49). Su derrota ante los Lápitras simboliza el triunfo del helenismo civilizado sobre la barbarie, salvaje y ruda. El arte heleno hizo de los Centauros un motivo destacado de sus representaciones plásticas (cf Seemann, 330-352).

Elegido para la excelsa misión de educador de los Héroeos, la leyenda mítica señaló para el ilustre Quirón un origen distinto y más elevado que para el resto de los Centauros (Fig. I). «Fiera divina», Quirón era hijo de Crono y de la oceánide Fílira -metamorfoseada en Yegua para huir del acoso del dios, que a su vez se transformó en Caballo para conseguirla- (Hes., *Teog.*, 1000; Pínd., *Pit.*, III, 1ss; Apol., *Bibl.*, I, 2, 4; Ciges y Peiró, 1912, p. 240-243). Vivió en su Gruta del Monte Pelión, dedicado a la caza y a la educación de sus discípulos, si bien, los mitógrafos tardíos (Apol., *Bibl.*, II, 5, 4) trasladaron su residencia a Melea (Arcadia, Peloponeso), donde, flechado involuntariamente por Heracles, que perseguía al resto de los Centauros, recibió un herida incurable y dolorosa, que le llevó a pedir a Zeus permiso morir (Apol., *Bibl.*, II, 5, 2). Casado con la ninfa Cariclo (hija de Apolo), componían la familia de Quirón (Pínd., *Pit.*, IV, 103-104) -además de Fílira- sus hijas Endeide -esposa del egínetas Eaco (Focílides, *Epin.*, 13, 95-97)- y Melanipe -a quien habría amado el rey tesalio Eolo (Ovidio, *Metam.*, II, 638; Ciges y Peiró, 1912, p. 235). La vida de Quirón discurre al menos entre los s. XVI y XII. [Para algunos aspectos de la iconografía sobre Quirón, cf Fig. II, 1-4].

La leyenda mítica ha destacado en todo momento en Quirón una personalidad fundamentalmente ilustrada y ética: bueno, humanitario, sabio, recto y justo, prudente. «El más justo de los Centauros» (Hom., *Il.*, XI, 832), maestro y amigo de Asclepio (*Il.*, IV, 219) y Aquiles (*Il.*, XI, 832) y amigo de su padre Peleo, al que incluso ofreció su Gruta para la celebración de su boda con la nereida Tetis. Hesiodo lo vió además como amigo de Jasón, educador de su hijo Medeo (*Teog.*, 1000-1003), y como estrecho amigo y ayo-educador del mismo Peleo, al que -por mandato de Zeus- salvó de perecer doblegado por los montaraces centauros en el escarpado Pelión (Frag. 209, *Escolio a Homero, Ilíada*, VI 164; cf Apol., *Bibl.*, III, 13, 3). Píndaro, en fin, además de hacerse eco de su amistad con Peleo (*Nem.*, III 56; IV, 55-62) y de su labor como educador de Asclepio (*Pit.*, III, 4-7; III 55) y de Aquiles (*Nem.*, III 43ss), se refiere a él como «el de alta prudencia» (*Nem.*, III, 53; *Pit.*, III, 63) que «una mente tenía amiga de los hombres» (*Pit.*, III, 4-5), a lo cual añadió la educación del esónida Jasón (*Pyth.*, IV, 102-119). Jenofonte reforzaría esta misma caracterización afirmando que recibió de los dioses el invento de la caza «a causa de su rectitud» (*Cineg.*, I, 1) -regalo que él utilizó en beneficio de los mortales- y que todos sus discípulos «fueron admirados por su virtud» (*Cineg.*, I, 1) a causa de las enseñanzas de él recibidas.

A partir de Píndaro el número de discípulos siguió creciendo y Jenofonte pudo señalar la lista siguiente: «Céfalo, Asclepio, Melanión, Néstor, Anfiarao, Peleo, Telamón, Meleagro, Teseo, Hipólito, Palamedes, Menesteo, Odiseo, Diomedes, Cástor, Pólux, Macaón, Podaliro, Antífoco, Eneas y Aquiles» (*Cineg.*, I, 2); Apolodoro añadió el nombre de Acteón (*Bibl.*, III, 4) y finalmente, de acuerdo

con él (*Bibl.*, II, 5, 4), con Plutarco, con Ciges y Peiró (1912, p. 242) y otros incluso Hércules debe ser incluido en la misma. Es así cómo, colocándose más allá del concepto primitivo del ayo-ducador familiar, la docencia de Quirón sobrepasaba abiertamente la división territorial y de raza del cosmos social heleno, obrando realmente en términos que hoy denominaríamos «internacional». Es como si los sucesivos mitógrafos parecieran haber convenido en que haber recibido las enseñanzas de Quirón constituía un requisito indispensable para cualquier auténtico héroe de la etapa arcaica (Seemann). De acuerdo con los datos de la leyenda, la educación podía comenzar desde el instante mismo del nacimiento de los Héroes (casos de Asclepio, Jasón o Aquiles) y alcanzar incluso su mayoría de edad (Aquiles permaneció con Quirón cuando menos hasta los nueve años y Jasón no abandonó a Quirón hasta cumplir veinte). La Gruta del Pelión habría sido, pues, con las debidas distancias que los tiempos han dado al significado de estos términos, la primera Casa-Cuna, Liceo, Academia y Universidad de la Historia de la Hélade. De acuerdo con Píndaro (*Pít.*, IV, 103-104), el Cuadro Profesional de aquel Liceo habría estado compuesto por Flira, Cariclo, Endeide y Melanipe (dedicadas especialmente a la «crianza» de los niños) y naturalmente por Quirón (dedicado a la educación propiamente dicha y el entrenamiento en las diversas Artes). [Para una representación gráfica de aquel Liceo, cf FIG. III]. Así entendida, la educación comenzaba a los 7 años (Pínd., *Ném.*, III, 43; Quintiliano, *Institución Oratoria*, I, 1, 14). El Panteón de los Dioses Olímpicos sancinó la labor educadora del Liceo, al descender en pleno a la Gruta del Pelión con motivo de la Boda de Tetis y de Peleo en ella celebrada.

Fue Quirón a la vez científico, médico y educador. Habiendo ejercido él mismo el arte de la curación (Apol., *Bibl.*, III, 13, 7), fue maestro de Medicina (y de Cirugía y Farmacopea) de Asclepio (*Il.*, IV, 219; Pínd., *Pít.*, III, 4-7; Apol., *Bibl.*, III, 10, 3), de Aquiles (*Ilíada*, XI, 831; Pínd., *Ném.*, III, 43ss), de Hércules (Apol., *Bibl.*, II, 5, 4), de Jasón, de los célebres asclepiades Macaón y Podaliro (Jenof., *Cineg.*, I, 14) y -en general- de todos sus discípulos. Fue sobresaliente asimismo como maestro en las artes de la caza y de la guerra (Pínd., *Ném.*, III, 43ss; Apol., *Bibl.*, III, 4, 4; 10, 3; Jenof., *Cineg.*, I, 1). En la Grecia heroica el entrenamiento en el arte de la caza lo era ipso facto para la guerra (Jenof. *Cineg.*, I, 18 y XII, 1; Platón, *Leyes*, 822d-824a). Quirón, en fin, impartió a sus discípulos «las otras nobles enseñanzas», esto es, «el resto de la educación» (Jenof., *Cineg.*, I, 2 y 5), expresión en cuyo significado, de acuerdo con el historiador de la educación Marrou (1965), se incluyen, además de las ya enunciadas, la equitación, el lanzamiento de jabalina, los juegos, la cortesía caballeresca, las artes cultas, como la música (la lira) y posiblemente también la astronomía. Como resumen de la mentalidad y del ideal educativo heroico, puede tomarse la exhortación que hiciera Peleo a Fénix al encargarle la educación de Aquiles: debía enseñarle a ser «decidor de palabras y autor de hazañas» (Hom., *Il.*, IX, 443), esto es, Oratoria y valor y entrenamiento para la Guerra. El saber de Quirón era, por tanto, verdaderamente enciclopédico. Los héroes homéricos debían saber de todo: sólo el magisterio de este sabio Centauro podía satisfacer dicha exigencia.

La idea de que la actividad educadora de Quirón tuvo un significado panhelenico, por encima de la división en estirpes de sangre debe ser todavía más subrayada. En las cuatro grandes empresas colectivas helenas la figura principal fuera

uno de sus discípulos (Meleagro, Jasón, Anfiarao y Aquiles, respectivamente); en la de los Argonautas fue el mismo Quirón el encargado de componer el calendario de la expedición (Ciges y Peiró, p. 241) e incluso (como afirma el Schol. m' 69) de hacer la Convocatoria de la misma; en la expedición a la Colquide fueron al menos siete de sus discípulos; y en la gran expedición a Troya destacaron los nombres de Néstor e Hipólito, Palamedes, Menesteo, Odiseo, Diomedes, Macaón y Podaliro, Antíloco, Aquiles y (en el bando opuesto) Eneas. Jenofonte puso de relieve esta dimensión panhelénica de Quirón al afirmar que sus discípulos fueron los verdaderos responsables de la grandeza de la Hélade, librando a sus Ciudades y Reyes de sus enemigos: «si Grecia entera mantenía disputas o guerras con todos los bárbaros, gracias a ellos los griegos vencían, de modo que volvieron invencible a la Hélade» (*Cineg.*, 1, 17). De alguna manera puede decirse que Quirón representa la figura y el espíritu helenístico, ilustrado y universal.

Se ha perdido la obra *Los consejos de Quirón*, atribuida a Hesfodo, obra que circulaba por Atenas todavía en el s. V a.C. De la inspección de la literatura mítica podemos inducir cuáles debían ser dichos consejos: «piedad» con los dioses (*Escolio a Píndaro, Píticas VI 22*), con los padres, amor a los hijos y los parientes, hospitalidad con los amigos y forasteros, piedad con los muertos, amistad y lealtad con los semejantes, rectitud moral y fidelidad conyugal, fidelidad caballeresca a la esposa y a la mujer en general, fidelidad social al Estado, a la Patria y al ordenamiento social, rectitud y justicia, nobleza de espíritu, prudencia y consejo moderado, ánimo paciente, afán de gloria («de hazañas si cuento»), amor al esfuerzo, audacia y aceptación del riesgo, sabiduría práctica y astucia, etc. Cabría decir que, de acuerdo con la exhortación de Peleo a Aquiles a «ser siempre el primero y sobresalir por encima de todos» (*Hom., Il., XI, 783-784*), en la Gracia arcaica el noble y el héroe debían ser verdaderos superhombres: a ello se encaminaban tales «consejos».

En el contexto cultural de la creación mítica de la figura de Quirón subyace una concepción teórica sobre la naturaleza del hombre y de la educación (dilema naturaleza-educación). Aquella afirmación de la continuidad dioses-hombres, debe ser precisada. Por un lado, se afirma que les «separa un poder todo diverso», de manera que «nada es la raza de los hombres» frente a la de los dioses (*Pínd., Ném., VI, 3-4*; cf *Hom., Il., V, 440-443, XVIII, 443-458*); «¡Sueños de una sombra es el hombre!» (*Pínd., Pít., VIII, 95-96*). Por otro, se reafirma que «en algo, con todo, nos acercamos -sea en nuestro gran espíritu sea por naturaleza- a los Inmortales» (*Pínd., Ném., VI, 4-5*). Precisamente ese «algo» especial, perteneciendo intrínsecamente a la condición de los Héroes, los eleva por encima de los hombres vulgares y los hace en alguna medida «semejantes a los dioses inmortales». Se trata de un conjunto de fuerzas germinales (cuasi-divinas) -denominadas *aretai*- que, siendo herencia inmediata de la genealogía de la estirpe, y en última instancia del tronco genealógico de la raza de los héroes en la de los dioses-, constituyen la parte más original y valiosa de la naturaleza de los Héroes. Ello determina los caracteres subyacentes en aquella concepción de la educación.

La base de la educación reside en la idea del innatismo del carácter de los héroes y en el principio correlativo de la herencia de los mismos: la literatura épica constituyen un canto entusiasta, p.e., a la «nobleza de sangre» (*Pínd., Ném., I, 8-9*; *Pít., VIII, 76ss*), al «innato valor de los varones de la estirpe»

(Pínd., *Ist.*, III, 14), a la «innata excelencia heredada» (Pínd., *Pít.*, X, 12-14), a las capacidades heredadas de gobierno de la nobleza (Pínd., *Pít.*, X, 72), a la sabiduría «por naturaleza» de los sabios (Pínd., *Olimp.*, II, 86), al don divino del arte del poeta y de la fuerza del atleta (Pínd., *Olimp.*, XI, 10), etc., a las que se considera cualidades tan «naturales» como las del árbol para dar su fruto (Pínd., *Ném.*, VI, 8-11) y tan difíciles de suprimir como el que los leones modifiquen su «nativo carácter» (Pínd., *Olimp.*, XI, 17-19). Si tal es la base, la meta de la educación se resume en esta exhortación pindárica: por encima de todo, «hazte el que eres» (*Pít.*, II, 71), pero en función de las cualidades innatas (*aretai*) de tu raza y de tu semejanza con los dioses.

Píndaro resuelve el dilema naturaleza-educación favor del innatismo: «por innata nobleza pesa uno mucho. Mas el que sólo posee lo aprendido -hombre oscuro que anhela ora esto, ora aquello- jamás con pie firme bajó a la pelea, y miles de hazañas ensaya con mente sin meta (curs. mía)» (*Ném.*, III, 40-43). La gloria, el valor, las hazañas, la sabiduría, la elocuencia, el canto poético, etc., únicamente alcanzarán su plenitud si tienen como base las «aretai» originarias de la estirpe; de lo contrario, sólo serán ficticias y despreciables: p.e., «sabio es que el que conoce muchas cosas gracias a la naturaleza; los que conocen, empero, por aprendizaje cual dos fieros cuervos graznan en vano con charlatana lengua contra el ave divina [el águila] de Zeus» (Pínd., *Olimp.*, II, 85-88). Con todo, Píndaro deja todavía un lugar destacado para la educación. Aunque cada estirpe y cada individuo de la misma recibe con su nacimiento el tesoro de aquellas innatas «aretai» (*Ist.*, VI, 11-12), no todos los mortales desarrollan espontáneamente, ni pueden hacerlo, las virtualidades contenidas de las mismas, bien porque «los tumultos del alma, aún al sabio extravían» (*Olimp.*, VII, 30) bien porque a veces el olvido aparta el pensamiento del recto camino (*Olimp.*, VII, 45-47), bien porque efectivamente (el aprendizaje de) «todo arte es árdua» (*Olimp.*, IX, 107-108). Ello, en efecto, hace necesaria la práctica real de la colaboración de un ilustre maestro que, conociendo la naturaleza original de las «aretai» de sus discípulos, sepa despertarlas, estimularlas, enderezarlas y dirigir las a buen término con eficacia. La labor de Quirón (nadie mejor que él estaba preparado para esta función) -y la de otros educadores como Fénix, Piteo, Anfitríon, Autólico, Eurito, Cástor, Lino, etc., e incluso la de algunos dioses-tenía como su más alto objetivo cubrir esta necesidad.

Hemos de concluir. Al convertir en modélicas la figura y la misión educadora del ilustre Centauro -junto con las acciones de sus discípulos- la leyenda mítica permite definir relativamente bien su significado histórico. Al igual que el resto de las figuras de la Mitología Clásica helena, Quirón no fue un personaje real [en el mismo sentido que decimos que no lo fueron Zeus, Apolo, Nereo o las Ninfas, bien a pesar de las opiniones de Plutarco y Plinio -el cual asegura haber visto uno embalsamado en miel, traído de Egipto a Roma, en tiempos del Emperador Claudio], sino la idealización simbólica de una necesidad social del momento, a saber, la referente a la educación de la juventud; se trata de una necesidad que corresponde a una etapa evolucionada de la sociedad (relativamente reciente, quizás desde el s. XV ó XIV a.C. en adelante), en la que la labor desarrollada por el tradicional ayo-educador familiar de los héroes (del tipo de Fénix Lino) habría dado paso a una educación supragenealógica de los mismos.

De acuerdo con el relato mítico, el Centauro Quirón aparece como el primer educador nominado de Occidente. Proporcionaba a sus discípulos -a parte de su

«crianza»- una educación integral. Sus enseñanzas tenían carácter universal en el doble aspecto: interdisciplinario, por su contenido, y supranacional, por la supranacialidad de la extracción de sus discípulos. Además, su simbólica figura tiene una evidente proyección histórica futura. Encarna las cualidades básicas del educador -y del científico- que la tradición cultural de Occidente asumiría luego en su integridad: sabiduría, rectitud y justicia, prudencia, bondad, honestidad, humanitarismo, humildad, virtud, etc.. De hecho, recto y honesto él mismo, Quirón se mantuvo ajeno en todo momento a las innumerables tropelías y concubinatos del resto de los dioses y los hombres. En términos generales, Quirón encarna el carácter ético de la educación y del educador.

BIBLIOGRAFÍA

- ABAGNANO, N. & VISALBERCHI, A. (1981), *Historia de la Pedagogía*. México, FCE.
- APOLODORO, *Biblioteca*. Madrid, Edit. Gredos, 1985. [Original: posterior al 61/60 a.C.].
- BAQUILIDES, *Odas y Fragmentos*. Madrid, Edit. Gredos, 1988.
- CIGES APARICIO, M. y PEYRO CARRIO, F. (1912), *Los Dioses y los Héroes. Mitología popular*. Madrid, Daniel Jorro, Editor.
- GUERIN, M. (1840), *Le centaure*. (Edit. por George Sand).
- HESIODO, *Teogonía*. Madrid, Edit. Gredos, ...
- HOMERO, *Ilíada*. Madrid, Edit. Gredos, 1991.
- JAEGER, W. (1957), *Paideia*. México, FCE.
- JENOFONTE (391/390 a.C.), *De la caza*. En *Obras Menores*. Madrid, Edit. Gredos, 1984, pp 233-278.
- KERENY, K. (1948), *Der Göttliche Artz [El médico divino]*. Ediciones Ciba, Basilea, 1948.
- MARROU, H. (1965), *Histoire de l'Education dans l'Antiquité*. Paris, Edit. du Soleil.
- PINDARO, *Odas y Fragmentos*. Madrid, Edit. Gredos, 1984.
- ROF CARBALLO, J. (s/f), *Quirón. El Centauro*. El Alción, IBYS,
- SEEMANN, O. (1968), *Mitología Clásica Ilustrada*. Barcelona, Edit. Vergara.